La dialéctica de la poesía y el silencio *

¿Cabe alguna duda, ya, a estas alturas, de que la del peruano César Vallejo, nacido en Santiago de Chile en 1892, y fallecido en París en 1938, es una de las voces más decididamente hondas y perdurables y significativas, no sólo de la poesía sino de la literatura de toda de nuestra Latinoamérica, y aun del mismísimo idioma castellano? En pocos textos escritos en nuestra lengua se alcanza de manera más innegable, en una tradición de la que apenas un nombre como el de Quevedo, nada menos, podría dar testimonio, no sólo una expresión literaria escrita absolutamente original y al mismo tiempo cargada de sentido, de sentidos, de una riqueza tantas veces fecunda y memorable que la vuelve sin más un verdadero y legítimo clásico, sino también ese testimonio latente, candente, de una experiencia más profundamente humana que meramente literaria, que es con mucho la ambición más raigal de ese nuevo camino que volvieron a abrir para la poesía de nuestro tiempo aquellos tres «meteoros del origen» que fueron, a fines del siglo pasado, Baudelaire, Rimbaud y Mallarmé.

Queda dicho, entonces, que el humildísimo pero concienzudamente empecinado Cholo Vallejo ha logrado, a la vez y probablemente sin habérselo propuesto, constituirse en el paradigma de una expresión tan radicalmente personal como dignamente nacional, continental, idiomática, así como alcanzar una de las cumbres más decididamente significativas de la mejor poesía contemporánea universal. Porque es el suyo el nombre que tanto Hispanoamérica como el idioma castellano podrán considerar como su aporte el día que se haga, si es que se hace alguna vez, el balance de las pocas voces realmente originales y representativas en la poesía del siglo.

Pero esa gloria, la única honestamente deseable (seguir vivo en el corazón de los otros, hecho cultura y aliento mismo de la vida, hecho —ahora sí— un *clásico),* César Vallejo se la debe exclusivamente a sus poemas, y no —como pudo creerse— a los muchos mitos y leyendas que (a veces con razón) su persona o personaje han ido recibiendo casi desde el mismo momento de su muerte. Porque en Vallejo se ha querido ver tanto al mestizo americano que expresa a la vez el legítimo dolor del indio y su español, como al vidente que pudo prever su propia muerte en un soneto inolvidable (*Piedra negra sobre una piedra blanca),* como al Cristo ateo pero a la vez hondamente cristiano al que un acontecimiento histórico tan trágica como bellamente significativo y además hondamente conmovedor, la guerra civil española, permitió asumir en su propia carne el sacrificio de ofrecerse a su vez como cordero humano, no divino, en aras de una nueva humanidad, cuando no al profeta de esa misma nueva humanidad que la luminosa y soñada fraternidad total del socialismo iba a construir

---

* *César Vallejo. La dialéctica de la poesía y el silencio,* Jean Franco. (Editorial Sudamericana-Buenos Aires.)

cómo un paraíso en la tierra, por citar sólo a algunas de sus muchas imágenes. y aunque haya gente que prefiera optar por una u otra de esas versiones, y hasta haya dedicido lanzarse sobre su biografía o sobre sus poemas buscando allí —muchas veces en fragmentos arbitrariamente escogidos— los argumentos justificativos para una u otra toma de posición (olvidando cuánto de legítima ambigüedad lingüística y humana, y cuánto de dialéctica y sabiamente paradójico asoma a menudo en tantos poemas de Vallejo), yo pienso, en cambio, que es posible admitir todas esas versiones, todas esas leyendas, todos esos mitos, que todos ellos tienen algo de razón, en un cierto sentido, y que todos ellos iluminan al menos un fragmento (cuando son honestos) de la más que íntegra y desnudamente humana verdad de la humanísima condición de Vallejo. Pero que también debemos volver a aceptar humildemente, sabiamente, concienzudamente, que la verdad más profunda y más auténtica que el gran poeta quiso darnos es la que quedó engarzada, latente, hecha evidencia viva, en sus poemas. En todos, no en aquellos que satisfagan sólo una u otra de nuestras parcialidades. En todos, en ese cuerpo escrito, latente, que es la indeleble y tocante obra poética de este gran poeta de nuestro idioma y nuestro ser más hondo.

Nacional y universal, coloquial y profundísimo, honestamente comprometido y a la vez libre por esencia, hermético cuando hubo que serlo y significativo por propia deriva de su ser, capaz siempre de entregarse vivo a su lenguaje, a su lengua, y de dejarse conducir por ella en busca de lo que había de ser dicho, los textos de Vallejo nos esperan con la misma exigencia de integridad y de pasión con que él los escribió. Es allí donde respira más que latente, viva, su verdad verdadera, si a veces contradictoria y hasta oscura, siempre centralmente iluminadora y fraternal. No hay trampas allí, no hay añagazas, no hay estrategias, no hay supuestos, no hay seducción ni habilidades ni programas ni dogmas ni mensajes ni oscuridades porque sí, porque *él no quiso.*

Si *Los heraldos negros,* su primer libro publicado, de algún modo significa —a mi modesto entender— la culminación posible de lo mejor que el modernismo podía ofrecernos, *Trilce,* el segundo, es la concreción de una ruptura total, por propia e imperiosa necesidad de expresión, con los convencionalismos de la gramática y la sintaxis, que atan al verbo, y de algún modo también culmina por anticipado muchas de las contemporáneas o futuras experiencias vanguardistas que se quedaron solamente en la cáscara de la cuestión. Ya que en estos dos libros van comenzando a aparecer, en forma la mayor parte de las veces por demás evidente, los signos de una expresividad tan comunicativa y tan raigalmente humana, original, personalísima, y que al unísono es tan de Vallejo como de la mismísima especie, a la que asume por propia derivación, y no sólo verbalmente, sino muy especialmente en su palabra. El mismo terreno donde se concretará, en ese libro póstumo al que se dio en llamar *Poemas humanos,* reuniendo en él tanto poemas en prosa —magníficos— de un período anterior como los textos más cabalmente genuinos que había ido escribiendo casi sin cesar en sus últimos años, y con los que culmina —ahora sí— su propia experiencia de escritor (y de hombre). Esos textos que nos devuelven, a veces con impactos tan fuertes que nos hacen casi físicamente doler, no sólo la propia experiencia por ellos imperecedera del individuo Vallejo, sino el cogollo mismo —como ya dije— de toda

nuestra humana condición. Que al mismo tiempo es asumida en un acontecimiento colectivo que no podía sino tocarle de cerca y casi milagrosamente concretado: la maravillosa y espontánea resistencia del pueblo español contra la más que sombría amenaza del fascismo, en el otro libro —no menos tocante y estremecedor— que se publicó después de su muerte: *España, aparta de mí este cáliz,* y que constituye sin duda no sólo la obra literaria más válida y perdurable relacionada con la guerra civil y la revolución española, sino también otro polo fundamental para encarar la comprensión más profunda del universo vallejiano.

Y en ese sentido debe ser bienvenida esta algo tardía pero lógicamente elogiable traducción a nuestro idioma (debida a Luis Justo) del brillante trabajo que sobre la poesía de Vallejo publicara ya en 1976 la universitaria norteamericana Jean Franco. Sin abrumarnos con esquemas más o menos rígidos de forzada «interpretación», sin caer en los alambicamientos y los devaneos que cierta crítica pretendidamente ultraintelectual nos ha asestado en los últimos tiempos, la autora ejerce su derecho de leer a Vallejo con mirada evaluativa propia, personal, pero sin olvidarse de él, y consigue de ese modo —en gran medida— ofrecernos la oportunidad de una nueva lectura, basada principalmente en su valoración de los poemas, más que en las anécdotas de una biografía por cierto más que significativa, descubriendo en lo profundo de la quizá breve obra (apenas cuatro libros, como vimos, pero qué libros) poética de nuestro Vallejo una interpretación más ardua y más fecunda —y a la vez quizá más limpia y coherente— que aquella que se quedaba en meros mitos o leyendas, basados en anécdotas o en citas, y que al final del recorrido, en la última página nos devuelve, como decíamos más arriba, a la verdadera riqueza que César Vallejo tendrá siempre para ofrecernos: sus poemas, que —como bien dice la autora «no nos proponen usar a Vallejo como chivo emisario que nos exima de la experiencia sino recoger el guante que nos lanza el texto», para concluir, lúcida y valientemente: «Lo menos que podemos hacer es dejar los mitos de lado, abstenernos de ver al poeta como sufriente vicario y asumir como propios las dificultades y los conflictos». Que fue, en definitiva, lo mismo que hizo él, en poesía y vida. Y es lo que en sus poemas nos exige, cada vez, como lector protagonista: que estemos a su altura.—RODOLFO ALONSO *(Ricardo Gutiérrez 3337, Olivos 1636, ARGENTINA).*

Balzac y la comedia humana *

Abordar la obra de Balzac con una ambición algo superior a la del simple aficionado a la lectura que se deja tentar por las novedades que exhiben los quioscos, no es tarea fácil. Y más de uno se ha perdido en la comedia crítica de la *Comedia*

* CARLOS PUJOL, *Balzac y la Comedia humana,* Barcelona, Bruguera, col. «Grandes maestros», 1983.